



Una mirada profunda y actual al décimo artículo del Credo

“Creo en el perdón de los pecados”.

Pocas frases del Credo son tan breves y, al mismo tiempo, tan revolucionarias. En apenas seis palabras, el cristianismo anuncia algo que ninguna filosofía humana había podido ofrecer plenamente: el hombre puede ser verdaderamente perdonado.

No se trata solamente de “sentirse mejor”, de olvidar errores del pasado o de aprender a convivir con las propias heridas. El Credo afirma algo mucho más grande: Dios tiene poder para borrar el pecado y ha querido entregar ese poder a su Iglesia.

Vivimos en una época extraña respecto al pecado. Por un lado, muchos niegan su existencia. Todo parece reducirse a errores psicológicos, condicionamientos sociales o decisiones personales sin consecuencias eternas. Pero, por otro lado, jamás ha habido tanta culpa, ansiedad, vacío interior y necesidad de redención. El hombre moderno intenta liberarse del peso moral, pero continúa sintiéndose acusado por dentro.

La razón es sencilla: el corazón humano sabe que fue creado para la verdad y para el bien. Y cuando se aparta de Dios, algo dentro de él se rompe.

Por eso el décimo artículo del Credo no es una fórmula antigua sin relevancia actual. Es una de las noticias más esperanzadoras que existen. El cristianismo proclama que ningún pecado tiene la última palabra cuando el hombre se acerca arrepentido a la misericordia de Dios.

¿Qué nos enseña el décimo artículo del Credo?

La enseñanza tradicional del catecismo dice:

“El décimo artículo del Credo nos enseña que Jesucristo ha dejado a su Iglesia el poder de perdonar los pecados”.

Aquí encontramos una verdad central de la fe católica: Cristo no quiso que el perdón fuese una idea abstracta o una experiencia puramente interior. Quiso que fuera algo visible,



concreto, sacramental y accesible.

El perdón cristiano no depende de estados emocionales. Tampoco de una simple autosugestión. Depende de la acción real de Cristo resucitado actuando en su Iglesia.

Cuando Nuestro Señor apareció a los Apóstoles después de la Resurrección, pronunció unas palabras impresionantes:

*“Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos”
(Jn 20,22-23).*

Ese momento es fundamental. Cristo resucitado entrega a la Iglesia una potestad divina: reconciliar a los pecadores con Dios.

No es una invención medieval. No es una estructura de poder creada por hombres. Es voluntad explícita de Jesucristo.

El drama del pecado: una palabra olvidada

Para comprender el perdón, primero debemos comprender qué es el pecado.

Y aquí aparece uno de los grandes problemas espirituales de nuestro tiempo: hemos perdido el sentido del pecado.

Muchos ya no distinguen entre el bien y el mal de manera objetiva. Todo parece relativo. Lo importante es “sentirse auténtico”, “seguir el corazón” o “vivir la propia verdad”.

Sin embargo, cuando desaparece el sentido del pecado, también desaparece el sentido de la gracia.

Porque el Evangelio solo tiene sentido si existe algo de lo que necesitamos ser salvados.

El pecado no es simplemente romper una norma religiosa. Es rechazar el amor de Dios. Es



colocar la propia voluntad por encima del Creador. Es una herida profunda en el alma.

San Agustín definía el pecado como el amor desordenado de uno mismo hasta el desprecio de Dios.

Y esa realidad produce consecuencias concretas:

- oscurece la inteligencia;
- debilita la voluntad;
- esclaviza al hombre;
- rompe relaciones;
- destruye la paz interior;
- enfría la vida espiritual;
- y, si es mortal y no hay arrepentimiento, separa eternamente de Dios.

Por eso el perdón de los pecados no es un “extra” del cristianismo. Es el centro mismo de la Redención.

Cristo vino precisamente para salvar a los pecadores.

Cristo: el Cordero que quita el pecado del mundo

Toda la historia de la salvación apunta hacia este misterio.

En el Antiguo Testamento encontramos sacrificios, purificaciones y ritos penitenciales que preparaban la llegada del verdadero Redentor.

Cuando San Juan Bautista ve a Jesús, exclama:

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).



La misión de Cristo es quitar el pecado.

No simplemente ignorarlo.

No relativizarlo.

No justificarlo.

Sino destruirlo mediante el sacrificio de la Cruz.

En el Calvario ocurre el gran acto de reconciliación entre Dios y la humanidad. Jesucristo carga sobre sí el peso del pecado humano y abre nuevamente las puertas de la gracia.

La Cruz demuestra dos cosas al mismo tiempo:

- la gravedad terrible del pecado;
- y la inmensidad infinita de la misericordia divina.

Ningún hombre puede mirar seriamente al Crucificado y seguir pensando que el pecado “no es para tanto”.

Pero tampoco puede desesperar, porque el mismo Crucificado ruega:

| *“Padre, perdónalos”.*

¿Puede la Iglesia perdonar toda clase de pecados?

El catecismo responde:

| *“Sí, señor; la Iglesia puede perdonar todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque Jesucristo le ha dado plena potestad*



| *para atar y desatar*".

Esta afirmación es inmensamente consoladora.

No existe pecado que sea más grande que la misericordia de Dios.

La historia de la Iglesia está llena de santos que antes fueron grandes pecadores:

- San Pedro negó tres veces a Cristo;
- San Pablo persiguió cristianos;
- San Agustín llevó una vida desordenada;
- Santa María Magdalena fue liberada de graves pecados;
- San Camilo de Lelis tuvo una juventud turbulenta;
- San Ignacio de Loyola vivió obsesionado por la vanidad mundana.

Y, sin embargo, todos fueron transformados por la gracia.

La misericordia divina no tiene límites para quien se arrepiente sinceramente.

Esto es especialmente importante hoy, porque vivimos una época marcada por la desesperanza espiritual. Muchas personas creen que ya no tienen solución. Piensan:

- "Dios no puede perdonarme".
- "He ido demasiado lejos".
- "Mi vida está destruida".
- "Siempre recaigo".
- "No soy digno de volver".

Pero precisamente para esos corazones vino Cristo.

El demonio intenta convencer al hombre de dos errores opuestos:

1. que el pecado no tiene importancia;
2. o que el pecado ya no puede ser perdonado.

Ambas cosas son mentira.



El poder de “atar y desatar”

Jesús entregó a los Apóstoles la potestad de “atar y desatar”, expresión jurídica usada en el mundo judío para indicar autoridad real.

A San Pedro le dice:

┆ *“Te daré las llaves del Reino de los cielos” (Mt 16,19).*

Las llaves simbolizan autoridad.

Por eso el perdón sacramental no es simplemente un consejo espiritual o una oración comunitaria. Es un acto judicial y medicinal.

El sacerdote actúa “in persona Christi”, es decir, en nombre de Cristo.

Cuando el penitente escucha:

┆ *“Yo te absuelvo de tus pecados...”*

es Cristo mismo quien perdona.

Este punto es profundamente católico y profundamente hermoso.

Dios sabe que el hombre necesita signos visibles. Necesita escuchar. Necesita certeza. Necesita experimentar concretamente la reconciliación.

Por eso Cristo instituyó sacramentos.



¿Quién ejerce esta potestad en la Iglesia?

El catecismo enseña:

“Los que en la Iglesia ejercen la potestad de perdonar los pecados son, en primer lugar, el Papa; luego los Obispos y, con dependencia de los Obispos, los sacerdotes”.

Aquí aparece la estructura jerárquica querida por Cristo.

El poder de absolver no nace del sacerdote como individuo. No es algo personal. Procede de Cristo y se transmite sacramentalmente mediante el Orden sacerdotal.

Esto protege a la Iglesia de arbitrariedades.

El sacerdote no “inventa” el perdón.

Es instrumento de una autoridad divina que lo supera.

Por eso el sacerdote debe ser:

- fiel a la doctrina;
- prudente;
- misericordioso;
- discreto;
- firme frente al pecado;
- y lleno de caridad hacia el penitente.

La tradición católica siempre ha considerado el confesionario como uno de los lugares más santos de la tierra.

Allí se libran verdaderas batallas espirituales.

Allí mueren pecados.

Allí resucitan almas.



Allí comienzan conversiones.

El Bautismo y la Penitencia

El catecismo continúa:

“La Iglesia perdona los pecados por los méritos de Jesucristo, confiriendo los sacramentos instituidos por Él con este fin, principalmente el Bautismo y la Penitencia”.

El Bautismo: el primer gran perdón

El Bautismo borra:

- el pecado original;
- todos los pecados personales;
- toda pena debida al pecado.

Por eso los primeros cristianos llamaban al Bautismo “iluminación” y “nuevo nacimiento”.

El hombre sale espiritualmente renovado.

Pero después del Bautismo permanece la fragilidad humana. El cristiano puede volver a caer.

Y ahí aparece el inmenso regalo de la Confesión.

La Penitencia: el abrazo del Padre

El sacramento de la Penitencia es uno de los mayores tesoros de la Iglesia Católica.



En él ocurre algo extraordinario:

- el pecador reconoce su culpa;
- se arrepiente;
- confiesa sus pecados;
- recibe la absolución;
- y vuelve a la amistad con Dios.

La parábola del hijo pródigo resume perfectamente este misterio.

El hijo se aleja.

Malgasta la herencia.

Cae en la miseria.

Pero cuando vuelve arrepentido, el padre corre a abrazarlo.

Ese padre es Dios.

La Confesión no es un tribunal de humillación, sino un tribunal de misericordia.

Sí, exige humildad.

Sí, exige arrepentimiento verdadero.

Sí, exige propósito de enmienda.

Pero precisamente ahí comienza la libertad auténtica.

La crisis actual de la confesión

Uno de los dramas espirituales más graves de nuestro tiempo es el abandono del sacramento de la Penitencia.

Muchos católicos pasan años sin confesarse.



Algunos por ignorancia.

Otros por vergüenza.

Otros porque han perdido el sentido del pecado.

Y otros porque creen que basta “hablar directamente con Dios”.

Ciertamente, debemos orar directamente a Dios todos los días. Pero Cristo quiso además un medio sacramental concreto para reconciliarnos plenamente.

La confesión frecuente fue una práctica constante de los santos.

¿Por qué?

Porque comprendían algo que el mundo moderno ha olvidado: el pecado debilita el alma incluso cuando parece pequeño.

Hoy existe una tendencia a reducir el cristianismo a valores genéricos de bondad o solidaridad. Pero el Evangelio habla de conversión real.

No basta con “ser buena persona”.

El cristiano está llamado a luchar contra el pecado y buscar la santidad.

El miedo a confesarse

Muchas personas sienten temor antes de confesarse.

Es un miedo profundamente humano.

A veces por vergüenza.

A veces porque han pasado muchos años.

A veces porque no saben cómo hacerlo.



Pero casi todos los que vuelven a confesarse después de mucho tiempo experimentan lo mismo: una paz inmensa.

El demonio hace mucho ruido antes de la confesión y mucho silencio después.

La gracia sacramental produce una verdadera liberación interior.

Por eso tantos santos recomendaban confesarse regularmente.

San Pío de Pietrelcina pasaba horas enteras confesando.

San Juan María Vianney transformó Ars desde el confesionario.

San Leopoldo Mandic dedicó su vida a reconciliar almas.

Todos entendían que el perdón de los pecados es una obra divina capaz de renovar el mundo.

Misericordia no significa relativismo

Aquí conviene aclarar algo muy importante.

Hablar de misericordia no significa negar la existencia del pecado.

La verdadera misericordia no justifica el mal: lo sana.

Cristo perdonó a la mujer adúltera, pero también le dijo:

▮ *“Vete y no peques más”.*

Hoy existe el riesgo de convertir la misericordia en permisividad.

Pero el amor auténtico siempre llama a la conversión.

La Iglesia no puede cambiar la verdad moral revelada por Dios. Puede acompañar al pecador,



ayudarlo, sostenerlo y perdonarlo, pero nunca llamar bien al mal.

Precisamente porque ama al hombre, la Iglesia anuncia la verdad.

El perdón transforma la sociedad

El décimo artículo del Credo no tiene solo consecuencias espirituales individuales. También tiene consecuencias sociales enormes.

Una sociedad incapaz de perdonar termina destruyéndose.

Vivimos tiempos marcados por:

- la cultura de la cancelación;
- el resentimiento permanente;
- la exposición pública de errores;
- la falta de reconciliación;
- y la incapacidad de comenzar de nuevo.

El cristianismo introduce algo revolucionario: la posibilidad de redención.

Nadie queda reducido para siempre a su peor pecado si se arrepiente sinceramente.

Eso no elimina las consecuencias humanas de las acciones, pero sí abre la puerta a la restauración moral y espiritual.

Sin perdón, el mundo se vuelve inhabitable.

El perdón también exige perdonar

Hay otro aspecto esencial: quien recibe el perdón de Dios está llamado a perdonar a los demás.



El Padrenuestro lo dice claramente:

“*Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos...*”

El cristiano no puede vivir instalado en el odio.

Esto no significa negar la justicia ni fingir que el mal no ocurrió. Tampoco implica permitir abusos o relaciones destructivas.

Pero sí significa renunciar al rencor como forma permanente de vida.

El corazón que experimenta la misericordia divina comienza lentamente a aprender la misericordia hacia otros.

El confesionario: lugar de esperanza en el siglo XXI

En una cultura hiperconectada, acelerada y profundamente herida, el confesionario sigue siendo uno de los lugares más contraculturales del mundo.

Allí no importa el éxito social.

No importa la imagen digital.

No importa la apariencia.

Solo importa la verdad del alma ante Dios.

Y precisamente por eso sigue siendo tan poderoso.

En un mundo donde muchos gritan y pocos escuchan, el confesionario continúa siendo un lugar de silencio, verdad y misericordia.



“Creo en el perdón de los pecados”

Cada vez que rezamos el Credo proclamamos esta verdad.

No como una idea abstracta.

Sino como una realidad viva.

Creemos que:

- Cristo venció el pecado;
- la Iglesia recibió autoridad para perdonar;
- ningún pecador arrepentido está perdido;
- y la misericordia de Dios sigue actuando hoy.

El décimo artículo del Credo es, en el fondo, una declaración de esperanza.

Porque mientras exista posibilidad de perdón, existe posibilidad de santidad.

Mientras exista misericordia, nadie está definitivamente derrotado.

Y mientras Cristo siga esperando en el sacramento de la Penitencia, el mundo nunca estará completamente perdido.